

PENSAMIENTO Y VOZ DE LA JUVENTUD,

PERIÓDICO CIENTÍFICO-LITERARIO

BAJO LA DIRECCION DE D. J. G. DE LIMA.

Se publica cuatro veces al mes en ocho páginas, marca española, buen papel y esmerada impresion.—La Direccion, calle del Colmillo, 12, segundo.—Su precio 4 rs. al mes en Madrid, y 5 en provincias franco de porte.—Se suscribe en Madrid en casa de Cuesta, calle Mayor; Villa, plazuela de Sto. Domingo, núm. 44; Lopez, calle del Carmen, núm. 29, y en la Redaccion Puerta del Sol, núm. 28, cuarto segundo.

EL HOMBRE Y LA CIENCIA.

Idealismo.

AY un sér en la creacion privilegiado por su inteligencia; independiente por su voluntad; sociable por sus instintos; grande y sublime por su fecunda razon, y tan eterno, como eternas son las leyes que le prescribió la Divinidad.

Ese sér en su esencia espíritu, semejante al Criador por ser su emanacion mas inmediata, y la obra mas acabada de su potente mano: ese sér en cuya imaginacion chispea un destello de la creadora omnipotencia: ese sér, en fin, cuya forma no desdeñara el mismo Dios, y cuya frente erguida, á diferencia de los demas seres de la creacion, se ostenta altiva reflejándose en el límpido espejo de los cielos, es el que lleva el alto titulo de hombre.

El hombre, es la creacion por excelencia; el tipo absoluto que desde la eternidad existia en la inteligencia divina, y cuya realizacion exterior fue el único objeto de la razon suprema, al pronunciar la palabra fecunda de la creacion.

Los demas seres deben su existencia al hombre mismo: porque el Criador, al colocarlos sobre la faz del universo, tuvo solo en cuenta la necesidad de otros tantos medios de que el hombre habia de valerse para alcanzar el alto fin de su destino.

La existencia de esos seres, espuestos á todas las contingencias del tiempo y del espacio, dejará de ser tan luego como desaparezca el hombre de la tierra:

Porque cesará la necesidad de esa existencia.

El hombre solo, alcanza el alto don de la in-

mortalidad. Su existencia es tan eterna, como la existencia del sér que le dió vida:

Porque el hombre es un reflejo de la Divinidad.

La razon de Dios es infinita: y para ella es, como dice un célebre escritor de nuestros dias, *el espacio un solo punto, la eternidad un momento*. La razon del hombre, tambien es susceptible de penetrar en el inmenso caos del infinito. Receptáculo de principios absolutos, penetra en el seno de la suma inteligencia y predice su destino, escrito en el libro de la eternidad.

El eterno libro, es la razon impersonal del sér omnipotente.

Sus páginas, los principios absolutos, que constituyen la esencia de la Divinidad.

La Divinidad es el núcleo de los principios consignados en la eterna region de las verdades.

Los principios eternos, son otros tantos atributos, de que está velada la esencia de la Divinidad.

El conocimiento de estos principios, conduce al hombre al conocimiento de la ciencia:

Porque la ciencia es una, y consiste en el conocimiento de la Divinidad.

La Divinidad es la unidad por excelencia.

La unidad por excelencia es la verdad.

En la verdad está la ciencia. Luego la ciencia es una:

Porque la unidad, es la verdad: y la verdad es Dios: y Dios la unidad por excelencia.

El hombre solo, es susceptible de penetrar en los misterios de la ciencia:

Porque solo á él, le ha sido revelada la verdad.

La verdad eterna, existe innata en la razon humana, y el hombre la conoce, tan luego como abre los ojos de su inteligencia:

Porque la inteligencia ha sido dada al hombre, para el conocimiento de la verdad.

La verdad empero existe solo en lo eterno y absoluto.

Lo absoluto, lo eterno, reside solo en Dios.

Luego en Dios está la ciencia: y el hombre logra penetrar en ella por medio de concepciones racionales, que á la presencia de un hecho se despiertan en su mente de un modo psicológico *à priori*, y revelan á su inteligencia un principio increado, una ley eterna, cuya evidencia es tan ostensible, que la razon se vé impelida á proclamar inmediatamente y sin exámen la necesidad de su existencia.

Ese tipo increado, esa ley eterna, es una emanacion de la Divinidad: es la misma divinidad, mirada bajo la faz de sus atributos.

El conocimiento de ese principio, la concepcion racional, que despierta en el alma su existencia, es una idea.

La idea, pues, no es otra cosa, que un principio increado, en cuanto es conocido por el hombre.

La existencia de los principios eternos, no puede negarse, porque la razon concibe, que aun cuando no se hubieran despertado en ella; no por eso, dejarían de existir en la eterna region de las verdades.

Negar pues, la existencia de estos principios sería negar el hombre su existencia. Sería aun mas, sería negar la existencia de la Divinidad, cuya palabra carece de sentido despojada de tales atributos.

La teoría pura, que cimentada en los principios eternos, tiene por objeto su desenvolvimiento racional es lo que constituye la ciencia.

Esta ciencia es la filosofía.

La filosofía, es la ciencia por excelencia:

Porque es la ciencia de lo eterno y absoluto.

Los principios que desenvuelve la ciencia, pueden reducirse á cuatro concepciones primitivas; porque cuatro son los tipos representados en la inteligencia por otras tantas ideas simples y absolutas, en las cuales se reasumen todos los conocimientos racionales.

Tales son, la idea de la sustancia, la de causa, la de justicia y la idea de la belleza; que haciendo tomar á la ciencia otros tantos aspectos diferentes, constituye cada cual una de sus partes esenciales.

El aparato que la ciencia ofrece á la razon para el desenvolvimiento racional de estos principios, es el que lleva el título de lógica.

La lógica pues, no es otra cosa que el método empleado por la razon en sus investigaciones, científico-psicológicas.

El método puede ser de dos maneras, sintético y analítico.

El método analítico, que es el procedimiento que emplea la razon para elevarse de la observacion de los hechos á las nociones generales, es y equivale á nada en las observaciones puramente filosóficas: porque los hechos no dan ciencia.

El verdadero método, es el sintético: el procedimiento empleado por la razon al descender de los principios absolutos á la realizacion esterna de los hechos.

Auxiliada la razon de ese aparato científico, y apoderada de toda su grandeza, su primer paso en el terreno de la ciencia, es la enunciaci6n *à priori* de los principios eternos, para cimentar en ellos su doctrina: la creaci6n de un sistema, el idealismo.

Cuando despues de enunciados los principios, procede á su desenvolvimiento racional, pero sin salir de las regiones de la inteligencia, ha formulado una teoría de sí misma y de sus leyes, ha creado simple y pura, la ciencia especulativa.

Cuando despues de este procedimiento, hace que sus principios sean trascendentales al mundo fenomenal, ha realizado su sistema. La ciencia se convierte en práctica y necesita hermanarse con la historia. Unico comprobante en la realizacion exterior de los principios eternos, es la historia el auxiliar mas poderoso de la ciencia: es la ciencia realizada. Necesitan caminar unidas: la historia para marcar la altura á que la sociedad se encuentra en la escala gradual del desenvolvimiento humanitario: la ciencia para conducir á la humanidad al término de su destino.

Influencia de las Ordenes monásticas en la civilizaci6n y en la literatura.

(CONCLUSION.)

II.

Si fácil nos ha sido demostrar hasta la evidencia, el influjo benéfico que obtuvieron estas Ordenes en todas las épocas y en todos los países, y que ésta, nunca fue, ni pudo ser perjudicial á la sociedad, sin esfuerzo de ningun género lo demostraremos en el terreno literario.

No hay duda alguna, que nuestra literatura nació en los siglos medios.

Esta literatura fue eminentemente popular; pero al mismo tiempo no podemos menos de confesar y reconocer, que su rudeza la hacia despreciable á los ojos de los eruditos.

La literatura antigua desaparece al llegar á este

período de corrupción literaria (1). Nuestros santos padres encerrados en su retiro, sin contacto alguno terreno, no les fué dado perder la cultura de su lengua ni la pureza de su literatura.

Su educación estaba cifrada en la lectura de los Autores latinos que conservaban y leían cuidadosamente.

Pudiéramos comparar á un monge de la edad media, con un Cicerón ó un Séneca; y á nuestros guerreros cubiertos de hierro, con la estúpida ignorancia de un Paria.

Veamos pues, si esta literatura ó si esta lengua informe, y si se quiere natal, pero de todos modos grosera, había de contar muchos años de antigüedad.

La lengua sabia, es decir (la antigua) se constituyó en oficial para las cátedras y para el púlpito, y era como elocuentemente nos cita el padre Mariana, la que servía para la redacción de documentos públicos y transacciones diplomáticas.

Este fenómeno le observamos en el siglo X en toda Europa. Aquí no podemos menos de tocar la influencia que ejercieron en nuestra literatura. Pero examinemos mas, y nos convenceremos que la flexibilidad de nuestra lengua, nacida á fines del siglo X y principios del XI, es debida á la influencia que ejercieron nuestros santos Padres en el idioma patrio.

Desde este tiempo nuestra literatura y nuestra lengua empiezan á beber de las dos grandes fuentes que habían de constituir su grandeza: de la poesía latina que aunque ignorada, no lo era del todo entre los *provenzales*, y de los habitantes del *Loira* y el Ebro, y de los conocimientos que penetraron en Europa, ya cuando los musulmanes dominaron en España, ya por medio de las Cruzadas.

La poesía de estos pueblos, dice un célebre publicista francés, era apasionada, guerrera y galante cual ninguna; también eminentemente lírica; por eso nuestra poesía provenzal ha usado de esa rima artificiosa que empleaba la poesía árabe en sus diferentes combinaciones métricas.

El espíritu de esta poesía, cuyos progenitores fueron nuestros monges, se generalizó en Francia é Italia, y ella dió origen á los dos grandes poetas Dante y Petrarca, si bien en estos se marca mejor el influjo de la literatura clásica.

La fundación de infinitas universidades, el descubrimiento de varias obras científicas, la caída del imperio griego que acarrió á Europa gran número de

sábios, y de ciencias ignoradas, el prodigioso movimiento intelectual que se desarrolló por do quiera: todas estas causas reunidas contribuyeron eficazmente á que predominara la literatura clásica mucho mas que la moderna, á pesar de participar de la primera.

¡La Italia! Ese ameno vergel que inspirará á Tasso sus divinas inspiraciones; ese foco del saber humano, á donde se refugiaron todas las ciencias y todas las poesías, cuando se vieron amenazadas y expuestas á sucumbir, fué la primera que ha quedado sujeta á su dominio.

¡La Francia! Esa nación que caminara siempre á la cabeza del progreso, la proclamó también por su literatura.

Un escritor de nuestros tiempos, célebre por mas de un concepto, ha dicho: «En Francia no ha existido sino poesía erudita, la *exótica*», venció completamente, y la del *pais* careció siempre de originalidad. No debemos dudar de sus palabras porque hablaba de su país natal.

Vemos, pues, que la corona mas bella de nuestra literatura, debe reservarse para ceñir las sienes de nuestros monges. Al hacerlo así, daremos una muestra de veneración y respeto á nuestras doctrinas y á nuestros poetas. Por convicción debemos sostener siempre esta verdad, por carácter la debemos demostrar.

En nuestra crónica literaria existen nombres muy gloriosos. Un fray Luis de Leon, un san Juan de la Cruz y una santa Teresa. Ante ellos debemos doblar la frente; ya lo hemos dicho, no es humillación el doblarla ante el génio.

Nuestra filosofía debe desaparecer al pretender luchar con la evangélica. La primera revela nuestra inseguridad y nuestra limitación, la segunda nos da á conocer, que los arcanos de la inteligencia divina no pueden ser sondeados por la comprensión humana.

No abandonemos nunca la fé que rebosa en nuestro corazón, no intentemos siquiera combatir las creencias que multitud de siglos acataron, que multitud de hombres comprendieron. Todavía es tiempo de mostrar á los siglos venideros, que nuestra época no fué arrastrada por el torbellino de las pasiones, ni desgarrada por la duda que existía en nuestro corazón.

Aún podemos horrorar la mancha de oprobio que ciñe nuestras frentes, cual una aureola maldita.

Aún podemos iniciar á ese pobre pueblo en las verdades que su ceguera ó su ignorancia no le dejan conocer, y entonces nos podrán llamar apóstoles del verdadero socialismo, apóstoles de la re-

(1) Véase nuestro artículo anterior, *Regeneración del Teatro español*.

dencion popular. ¡No apóstoles de la ambicion, no apóstoles de la rebeldia!

Todavía podemos cumplir nuestra mision de escritores, y escritores cristianos, salvando á las sociedades modernas del cataclismo que las amenaza, y entonces las venideras generaciones ensalzarán nuestro nombre, y ese pueblo por quien tanto clamaís, os bendecirá arrojando flores en vuestro camino. Sí, ese pueblo tenderá las manos á vosotros, ese pobre pueblo repetirá con religiosa veneracion vuestros nombres por haberle dado á conocer el camino del bien.



Episodio modisteril.

(ARTICULO PRIMERO).

¡Válame Dios y qué acertado andubo el que dijo, que no habia cosa peor que las malas compañías! ¿Quién me habia de decir á mí, hombre sesudo, morigerado, y formal, con mis puntas y aun mas que puntas de devoto, que habia de asistir, *malgré*, mi austeridad, á una cena profana, á un semi-veneciano semi-banquete, á una diversion costurero-modisteril? Y sin embargo nada mas cierto, lindísima lectora (1); así me ha sucedido, solo por contar entre mis amigos un calaveron como una casa; muchacho, por otra parte, muy guapo y apreciable.

Estaba yo solazándome cierto día en el *dolce far niente* de los italianos, ó sea en el holgazanear de los españoles. El tiempo convidaba á recorrer las calles, pero el piso algo húmedo, era un seguro indicio de no haber gente, al menos pedestre, ni en el Prado, ni en la montaña del Príncipe Pio, ni en la fuente Castellana, ni en ninguno de los paseos de la coronada villa.

Las mas intrépidas elegantas empezaban á lanzarse á la calle para ir á tiendas; es decir, á sacrificar y derrengar á los infelices horteras, que en semejantes días desdoblan, doblan y vuelven á doblar cien veces una misma pieza, se la llevan á la trastienda, tornan en seguida con el mismo género sin mas variacion, que llamar ahora francés lo que antes apellidaron catalan, y, mereced á este bautismo, convencen á la parroquiana de que debe pagar un duro mas por cada vara. ¡Cuánto hablan! ¡cuánto argumentan! raciocinan por los codos, y son capaces de civilizar á un marido, hasta el punto de hacerle comprar un vestido para su cara mitad; motivo por el cual, he tenido siempre la conversacion de un comerciante, por la mas peligrosa de todas, despues de la de las mujeres.

(1) Advierto de una vez para siempre, que si hay alguna fea no hablo con ella.

Embebido en estas y otras reflexiones, vagaba indolentemente de bazar en bazar, de tienda en tienda, contemplando los lujosos floreros, los deslumbrantes candelabros, las bien acabadas armas, los inocentes juguetes, las risueñas caricaturas ó los airosos lazos, encajes y perigallos que constituyen el aéreo y transparente adorno de un almacen de modas, cuando quiso mi menguada estrella, que acertase á aparecer el insigne Pepe, el atronado amigo que tuve el gusto de anunciar al principio á mis lectoras. ¡Ola, buena pieza, me dijo!, ¿qué andas curioseando por aquí? —¡Pepe! ¡cuánto me alegro encontrarte! hace mil años que no te veo. —He estado ocupadísimo. —Siempre lo mismo. —Ya te contaré; pero tú no has respondido á mi interpelacion ¿qué estás atisbando detrás de ese escaparate? —Hombre nada; los prendidos, las plumas, los encajes. —Pues hadme el favor de fijar tu vista allí... hácia la derecha... ¿ves? —¿Qué? —¡Tóma! Una muchacha preciosa, Ernestina, la encantadora Ernestina, Mademoiselle Ernestina. Estoy loco por ella y lo merece, porque es cariñosa y agradecida como pocas; ello sí, es algo celosa. Cuando se la figura que la soy infiel, en un momento de arrebato es capaz de meterme las tijeras por los ojos. —¡Cáspita! —Pero despues es una malva, l'ora, pateá. hace unos estremos... ¡vaya! te digo que ha cautivado mi corazon. Espera un momento; voy á hablar dos palabras con ella, veo que se prepara á salir de la tienda. Ya sale. Al instante soy contigo.

Abrióse en efecto la puerta vidriera, y apareció una rubia y sonrosada francesa de facciones muy lindas, estatura de granadero, aire elegantito transpirenaico, y unos ojos azules, velados con tal modestia y dulzura, que un hombre de bien la hubiera tenido por una santa, un poeta por una vision celestial, y yo la tuve sencillamente por una muchacha de disposicion y esperanzas.

Estubo unos cinco minutos de conversacion con Pepe, y separóse de él con un saludo lleno de coquetería y un amabilísimo *jusqu' à ce soir*, que no interpreté muy piadosamente.

Pepe volvió á reunirse conmigo y me dijo: esto es hecho, querido; algo cara me costará regularmente la fiesta, pero esta noche somos felices —Lo serás tú, porque yo no creo haber hecho méritos para tanto. —Pues te equivocas de medio á medio, que tú tambien lo has de ser. —¡Cómo! ¡cómo! espílicate. —Al instante; esta misma noche vienes conmigo á casa de Ernestina, vamos á tener una cenita de alegre y cordial franqueza, irán unas amigas tuyas y mías, tambien del ramo modisteril, y verás cómo nos divertimos. — ¡Ave María Purísima! ¡Estás loco! ¡meterme yo en estos berengenes! ¡trastornar mis horas!

¡variar mi método!—No hay recurso; me empeño en llevarte, que quieras que nó: y en cuanto á interrumpir tu régimen, te respondo de que no sucederá, porque ellas también madrugan, y dispondrán las cosas de modo que podamos estar tempranito, yo en donde me plazca, y tu tranquilamente tendido sobre los blandos colchones.

Quise porfiar todavía, pero últimamente cedí, parte por las instancias de Pepe, y parte también por la curiosidad de saber lo que era el trato de esta clase de muchachas. Yo, poco aficionado á aventuras, lo ignoraba completamente, y ahora solo tengo una leve tintura, adquirida en esta visita improvisada, bien fecunda por cierto en acontecimientos, dignos de mejor pluma que la mía, y que podrá saber mi lectora, si tiene paciencia para leer el segundo artículo dentro de una semana, pues somos muchos los redactores y es preciso escribir poquito para estar todos en paz. Ya van una porción de números, en los que he emborrionado papel, y no conviene abusar llenando el periódico con mis artículos de costumbres. Sirva pues el presente de prefacio, que una cena con modistas bien se la merece.

CAMÕES.

BIOGRAFÍA.

Luis de Camões, oriundo de una noble é ilustrada familia originaria de Galicia, nació en Lisboa el año de 1525.

Sus padres, Simón Vaz de Camões y doña Ana de Macedo, novilísima señora de Santarém, hicieron los mayores esfuerzos por darle una educación esmerada, cual convenia al grande ingenio con que Dios le dotara.

Pasada su primera educación, salió de Lisboa de edad de doce años á continuar sus estudios á la universidad de Coimbra, que el rey don Juan III habia hecho trasladar desde Lisboa hacia poco tiempo. De los grandes y rápidos progresos que hizo en aquella escuela, podemos juzgar por los inmensos conocimientos y grande erudición que en sus obras vemos. Ya en esa juvenil edad mostró una decidida inclinación á la poesía, manifestando desde luego una gran fuerza de imaginación y la mas esquisita sensibilidad de su alma.

Acabados sus estudios á la edad de diez y ocho ó veinte años, volvió á la Corte, donde residian sus padres, y en donde los jóvenes caballeros, segun la costumbre de aquel tiempo, iban á perfeccionar su educación.

Con las buenas y admirables cualidades que ador-

naban y embellecian su alma, juntamente con su agradable presencia, llegó en poco tiempo á granjearse el afecto y confianza de cuantos le trataban.

Allí vió por vez primera á doña Catalina de Atayde, conjunto de gracias y belleza, si es que hemos de creer la encantadora descripción que hace de ella en su poema, en aquel bellissimo soneto que empieza así:

Hum mover de ollos, brando é piedoso,
Sem ver de que; hum rido brando é honesto,
Quasi forçado; hum doce é humilde gesto
De qualquer alegria duvidoso.

Por ella concibió el mas ardiente amor, cual su corazón era capaz de sentirlo. Esta señora era dama del Paco (1); y á juzgar por su apellido, parienta de don Antonio de Atayde, primer conde de Castanheira y favorito poderoso del rey don Juan III. Tales amores inspiraron á Camões la mayor parte de sus primeras poesías, y fueron la causa principal de sus infortunios. Mas como él dice:

.....Quen pode librar-se por ventura
Dos laços que amor arma brandamente.

—Por mas que él fuera igual en nacimiento á doña Catalina de Atayde, no por eso dejaban de faltarle los bienes de fortuna, razón por la que se cree que la familia de dicha señora trató de impedir una unión que juzgaba desventajosa y poco conforme con sus aspiraciones; y agravando una falta disculpable en un joven como Camões, cuyo ardiente corazón no podia menos de dirigirse á doña Catalina de Atayde, digno objeto de su amor, reclamó para con este todo el rigor de las leyes, que en aquel tiempo eran muy severas contra los que entretenian amores en palacio. Por este solo motivo fué desterrado para el Ribatejo, lo que él confirma y de que se queja amargamente en la elegía tercera en que se compara á Ovidio, y en la cual, lamentándose de la desgracia que por todas perdes le seguia, dice así:

Aquí me representa esta lembrança
Quao pouca culpa tenho: é me entritece
Ver sen razao á pena que me alcança

En este retiro buscó Camões el alivio de sus penas en el estudio, y el consuelo de sus pesares en la poesía. Allí compuso gran parte de sus rimas, probablemente sus comedias, y concibió el plan de su poema, de cuyo asunto cree Manuel de Faria que empezó á ocuparse muy temprano.

(Se continuará.)

(1) Real palacio de Lisboa.

En la solemne profesion religiosa de SOR MARIA ROSARIO DE CONSOLACION JIMENEZ, en el convento de Señora Santa Ana de esta ciudad, el día 6 de abril de 1854.

No te arrepientas, oh virgen,
de vestir las albas tocas,
ni de rechazar del mundo
promesas halagadoras.

Es un fatídico valle,
do entre flores aromosas
sus espinas los abrojos
no bien ocultos asoman.

Las deshechas tempestades
en él de continuo moran,
y de flamígeros rayos
espesas lluvias arrojan.

Los silbosos aquilones

combaten las duras rocas,
y de los erguidos cedros
abaten la verde pompa.

Vil y rastrera la envidia
derrama letal ponzoña,
que la calúmnia recoge
abriendo su torpe boca.

Las bellas flores marchita
la seducción cautelosa:

la impureza con su aliento
las abrasa ó las deshoja.

El hipócrita egoismo
¿qué en su provecho no inmola,

ya á la sórdida codicia,
ya á la ambición dando formas?

La impiedad con sordos gritos
al alto cielo provoca,
y el recinto á hundir se atreve,
do el hombre á su Dios honora.

Fieras legiones desata
implacable la discordia,
de la muerte precedida
sobre enlutada carroza.

Negro pabellon levantan
aquí las pasiones todas,
y el vicio en inmundo sálto
ciñe audáz férrea corona.

Bramar se escucha al Averno
en sus cavidades hondas,
y á veces tambien se lanza
y hórrido pendon tremola.

Solo inquietud, solo azares
en aqueste suelo brotan;
que son falsos los placeres,
las venturas ilusorias.

De lágrimas y de sangre
hay lagos de hirvientes olas,
y víctimas hacinadas,
despojos, tristes memorias....

De aquí levantas el vuelo,
tímida y casta paloma,
y de tan protervo mundo
te despidas victoriosa.

En ese envidiado asilo,
donde alientan las esposas
del Cordero sin mancha,
dulce paz tu dicha abona.

Erigirás á tu amado

altares, en que las rosas
de las virtudes exhalen
sus delicados aromas:

Donde del fragante incienso

eleven las puras ondas
de amor el blando suspiro,
la plegaria fervorosa:

Donde la oracion sus raptos

te preste en sublimes horas,
y álmo tesoro de gracias
fiel y solícita escondas:

Donde, entre tiernos deliquios,

gustes en dorada copa
aquel vino que preciaba
de los Cantares la Esposa:

Dó los celestiales dones,
como lluvia bienhechora,
desciendan sobre tu frente
para ahuyentar tus congojas.

Acrecentarás el fuego

que embriaga y no sofoca,
que aficiones terrenales,
cual baja semilla, ahoga.

¡Oh cuán feliz, con tu amado

gozándote siempre á solas,
y teniéndole tu mente

por lucidísima antorcha!

Ya de tus gracias prendado

te dá el beso de su boca,
y como en grata morada

ya en tu corazón reposa.

Tambien el nupcial anillo

en tu alba mano coloca,
y en tus sienes la guirnalda

de las Virgenes Esposas:

Guirnalda pura que es

de la eterna precursora;
señal asáz infalible

de tu anticipada gloria.

En medio de tal ventura

tus votos los aires rompan,

y bendiciones atraigan

sobre el mundo que abandonas.

Sevilla: abril de 1854.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAFATA.

BALADA.

Si en noche lluviosa y triste

Surcais las ondas de un lago,

Y en ellas se pinta vago

De una estrella el resplandor;

¡Ah! no boguéis gondolero

Sin decir una plegaria,

Por si esa luz solitaria

Es un alma sin amor.

Si hallais de ruda montaña

Entre el follaje silvestre,

Blanca azucena campestre

Perdida en el espesor:

¡Ah! no paseis caminante
Sin besar la humilde arena,
Por si esa pobre azucena
Es un alma sin amor.

Si en un mar, sin horizonte,
Ni playa alguna vecina,
Veis errante golondrina
Seguir cansada á un vapor:
¡Ah! no cruceis marinero
Sin pedir que halle ribera,
Por si esa ave pasajera,
Es un alma sin amor.

Si en un laurel misterioso
Mirais un laúd colgado
Y entre sus cuerdas rasgado
Murmura el viento un rumor,
No huyais de allí, tierna jóven,
Sin responder á esa lira,
Por si el eco que suspira
Es un alma sin amor.

En fin, si en medio del mundo
Veis siempre á un jóven aislado,
Cuyo mirar abrasado
Revela oculto dolor:
Compadecele; es poeta;
Canta.... y en silencio llora,
Nada espera, así aunque adora,
Es un alma sin amor.

G. ROMERO LARRAÑAGA.

En el álbum de la Sta. Doña Julia Loma.

(IMPROVISACION.)

El niño y la violeta.

¿Por qué solitaria
La flor de las flores,
Su cáliz hermoso
Esconde á la luz?

La flor solitaria
Al niño responde:
¡No brilla en el mundo
Quien tiene virtud!

Mayo 16 de 1834.

A. R. de Poó.

ADORACION.

POR

D.^a Carolina Coronado y D. Benito Vicetto.

II

EN SU CASA.

A las tres de la tarde del siguiente día atravesá-
bamos los salones de la casa de Adoracion, que no
es mi ánimo describir porque estaba muy preocupa-
do para reparar en ellos. Sé que en el fondo de un
gabinete se hallaba la que absorbía en aquel instan-
te mis pensamientos.

¡Oh! ¡cuánto me interesaba aquella mujer desde
el punto que la habia visto! Su imágen ni un solo
momento se apartó de mi memoria; mis pensamien-
tos, todos mis pensamientos, se habian reconcen-
trado en el solo pensamiento de adorarla y de com-
padecerla. ¡Era tan bella! ¡tan delicada! ¡tan poéti-
ca! ¡y tenia un presentimiento de que habia de ser
tan desgraciada....!

Cárlos me presentó.

Adoracion me pareció mas serena que la vispe-
ra. Nada hay mas lánguido que una mujer despues
de una noche de baile. Pudiera creerse que todas las
facultades del sentimiento, que todos los instintos
de la coquetería se han extinguido en ella al obser-
var la negligencia de su *toilette*, como diria Cárlos,
el tono indolente con que se esplica, y hasta la acti-
tud fatigada con que se sienta.

La sonrisa de Adoracion aquella tarde parecia
mas bien la espresion del fastidio, que de la cortesa-
nia, y esto es tan sensible para el que trata de fijar
la atencion ó escitar al menos la curiosidad de la
mujer que ama, que yo me arrepentí de haberme
presentado á ella en aquel estado.

¿Qué resortes han de emplearse para conmover la
fibra de un corazon debilitado por la lucha de ante-
riores combates? ¿Qué podia yo decirle que no le
pareciese frio y estemporáneo?

Hallábame, pues, en una posicion falsa respec-
to á ella; y al mirarme tan suspenso enfrente de
aquella belleza que habia despertado en mi alma una
de esas pasiones que no se extinguen jamás, hubieran
dicho que mi corazon reflejaba su apatía, y que el
amor de mi pecho habia desaparecido helado por
aquella frialdad que dominaba á Adoracion.

Cárlos era el único que hablaba.

—*Mio caro*, me dijo á *sotto voce* en tanto que
Adoracion hablaba con una señora que se hallaba á
su lado; te ves reducido á la nulidad. Me estás pa-
reciendo un *petit lion* recién salido del colegio que
hace en estos salones su *debut*. Háblala.

—¡Oh! querido mio; estoy muerto.... mi amor es
tan profundo que trastorna mi cabeza.... ¡Hablar-
la....! nó sé de qué, querido.

—De la salida de un cantante, de alguna tiple
sforzato..., de alguna *mezzo soprano*..., de perros
daneses....

—¡Cárlos, por Dios....!

—Del nuevo carruaje del embajador inglés, del
hipódromo..., del circo de Paul....

—¡Deliras, Cárlos....!

—De la *Guy*, de John Leest..., de Kionny, ó de....
de....

—Todo menos eso. La preguntaré si se le ha pasado la indisposicion de anoche.

—¡Huf! ¡qué fiasco! no pudiera hacer mas un provinciano, ¡diábolo!

Este diálogo tenia lugar entre nosotros mientras Adoracion despedia á dos señoras que la acompañaban, y cuando quedamos solos mi situacion se hizo mas angustiosa, porque Carlos se habia decidido á dejarme *debutar*, como él decia, quedando él de *figurante*.

Pero la misma Adoracion vino en mi auxilio preguntándome con indiferente agrado:

—¿No he bailado con V. anoche, caballero?

—Sí, señorita.... tuve el honor de....

—¡Oh! interrumpió Carlos.... cuánto he sentido la indisposicion de usted. Adoracion, pues me privó del *piacer* de bailar con V. otro wals, *le vol du vent*.

—No estaba cierta de que fuese V., prosiguió ella desentendiéndose de la locuacidad de Carlos y de sus galicismos, y afectando hallarse confundida con sus recuerdos como para excusar la escena de la víspera. Estaba ayer tan aturrida.... La música, el wals, me agitan tanto, que todo lo que veo en un baile me parecen figuras de óptica.

No sé por qué estas excusas me inmutaron. Hubiera preferido su enojo á la estudiada urbanidad con que procuraba reconciliarse. Quisiera ver á la mujer que amo irritada conmigo mejor que amable. Por eso no recuerdo lo que la contesté en mi despecho. Me sentia inquieto, devorado por la necesidad de mortificarla, pareciéndome que tenia derecho á ello desde que poseia el secreto que ella ignoraba.

Pero la llegada de un nuevo interlocutor, cambió estas disposiciones poco generosas de mi ánimo. —Perdona, chica, dijo el recién venido dejándose caer en la misma otomana que ocupaba Adoracion, si me presento en este traje de viaje. Acabo de llegar de las provincias del Norte.

(Se continuará.)

El ciego y el lazarillo.

CUENTO.

Lo que voy á contar pasó en Trujillo entre un ciego ramplon y un lazarillo. Pues señor: estos pobres caminaban cogiendo la limosna que imploraban cantando al ágrio son de un guitarrillo. Despues de haber andado el pueblo todo salieron dél. y á poco dijo el ciego que llamaban Cachaza por apodo: aquí en este ribazo me acomodo; sepamos la limosna con sosiego.

«Seis ochavos, un cuarto ya borrado, contestó sin tardar Pelosderizo, un poco de legumbre y un bocado de pan, bastante duro, hemos sacado.»
—Nada mas?—No señor.—Pues y el chorizo? el ciego preguntó.—Ninguno dieron, repuso el chico.—Al darte las castañas....
—Está usted equivocado; solas fueron.—Imposible.—No tal.—Ah! tú me engañas, que mis narices el chorizo olieron.—Este diálogo fué muy repetido; mas viendo que el muchacho no lo entiende el ciego dijo: «Tú te lo has comido....! Ah pícaro...! Mi cólera se enciende! ¿Cómo engañarme, di, si lo he olido?» Y alzando el palo, sin oír su ruego, sobre el triste y cuitado lazarillo su cólera sació furioso el ciego, quien despues de esta escena, con sosiego agarróse del brazo del chiquillo. Y andando fueron ambos; el muchacho llora al ver del garrote la azul marca, mientras el ciego uno y otro dicharacho pronuncia con acento de monarca. Algo debió pensar Pelosderizo, pues en medio del llanto que vertia, alguna que otra vez se sonreía; debiéndose juzgar por lo que hizo que entonces su revancha pensaría. Llegaron á un arroyo trasparente, al que para salvarle fácilmente, un paso regular quizaves sobre, y al ciego colocando frente á un roble dijo el muchacho: «Salte la corriente, y cuidado, que tiene buena anchura.» Cachaza que por saltos no se apura, á pesar de su apodo, se prepara y del roble saltando cara á cara, por poco no se rompe la figura. Sento porrazo fué, y allí tendido, colérico al muchacho le decía:
«Pobre de ti si yo hubiera sabido que habia un tronco....!» Y él le respondia huyendo retozon: «Haberle olido.»

Este cuento nos dice «que el que tenga necesidad de otro, no le ultraje, y que en dichos y en hechos se contenga, que, una vez provocado su corage, puede ser muy funesto si se venga.»

ULPIANO LEGARRA Y BALMASEDA.

VARIEDADES.

SOCIEDAD DRAMÁTICA.—Talía empezará en la próxima semana á dar sus funciones en el teatro del Instituto, segun disposicion de la junta directiva, la cual se propone no economizar gasto alguno para su brillantéz, buen orden, decoro, armonía y animacion digna de la escogida concurrencia que espera la favorezca, y continuará esta sociedad dando dos funciones mensuales.

En nuestro próximo número hablaremos con mas datos.